

# SECCION OFICIAL

---

## APERTURA DEL AÑO UNIVERSITARIO DE 1934

---

El lunes 16 de Abril de acuerdo con la costumbre establecida en la Universidad Católica del Perú se iniciaron los actos de apertura a las 9 a. m., con una solemne misa de Espíritu Santo, rezada por el Excmo. Mons. Pedro Pascual Farfán, Arzobispo de Lima.

Asistieron a ella el Rector, los catedráticos y alrededor de 500 alumnos de ambos sexos. Terminado el Santo Sacrificio se pasó al Salón de Actos donde se realizó la apertura del año universitario que fué presidida por Mons. Farfán y por el Padre Rector.

El catedrático señor Raúl Ferrero Rebagliati pronunció en nombre del claustro el discurso de orden que insertamos en seguida.

Excmo Sr. Arzobispo,

R. P. Rector,

Señores Catedráticos

Señores:

La más alta pedagogía del presente mundial asigna a la Universidad Nueva una cuádruple misión:

- 1º) La Conservación y Trasmisión de la Cultura.
- 2º) La Enseñanza y Formación Profesional.
- 3º) La Investigación Científica, y
- 4º) La Preparación de la Juventud para la Vida Pública.

El estudio de las finalidades enunciadas en primer y tercer lugar pertenece íntegramente a la técnica pedagógica. No

así el de las finalidades segunda y cuarta, que por su vinculación con la vida social interesan fuertemente a la Sociología y a la Política. En este ensayo trataré de ambos puntos por estar funcionalmente ligados en cuanto atañe al rol social que a la Universidad corresponde cumplir.

Con respecto a la enseñanza y formación profesional conviene subrayar el juicio de los más autorizados críticos universales, principalmente Ortega y Gasset y Bouglé entre los latinos, y Spranger y Curtius, entre los sajones, que han condenado enérgicamente el hecho de que las Universidades sean utilizadas como vulgares fábricas de profesionales.

Si esta tergiversación del verdadero fin de la Universidad ha sido grave en todos los países, en el nuestro ha revestido caracteres de excepcional gravedad. Hasta hace muy poco tiempo, la Universidad Peruana ha llevado una vida de mero instituto profesional; si algo matizó o elevó este aprendizaje semi-económico fue una que otra moda científica a la que se rendía devoción tan entusiasta como efímera. Pero, como afirma Víctor Andrés Belaunde, mente tan honrada como culta, la Universidad se caracterizó por su falta de vinculación con la Realidad Nacional, con las necesidades y aspiraciones del país.

Además de la desconexión con el medio, el profesionalismo desorbitado representa para la formación mental otro defecto sustantivo que es el de la especialización exagerada. Es ya hora de librar a la sociedad de lo que justamente se ha llamado "la barbarie de la especialización". Los individuos especializados lo son, casi siempre, en forma demasiado absorbente. Nutren su cultura con sólo aquellos conocimientos necesarios o provechosos para el ejercicio de su profesión, despreciando en su avidez por la técnica toda verdad y toda idea que no les sean directamente útiles. Se forman así, una miope visión de la realidad integral cuando nó una menguada clasificación de conocimientos con objetivo francamente utilitarista.

El especialista que ha concentrado sus estudios sobre aquellos conocimientos necesarios para su práctica profesional excluyendo con jactancioso pragmatismo, los principios elementales de una cultura humanista, podrá llegar a ser un médico competente o un excelente ingeniero o abogado, es posible que reciba gran-

des halagos o crecidos beneficios económicos, pero será siempre un ciudadano inepto para la vida social. Convencido él, y convencidos casi todos, de que su solvencia profesional le concede autoridad indiscutible, actuará en la vida política con arbitrario dogmatismo y perjudicial desacierto.

Cargado de prejuicios sociales y científicos, cierra voluntariamente los ojos ante un mundo de problemas humanos extraño a su profesión y desconoce así la realidad viviente alegre y dolorosa, que se desenvuelve más allá de su bufete. Si se resuelve alguna vez a actuar públicamente, su gestión será desacertada, porque pretenderá resolver los más arduos problemas político-sociales con criterio simplista; sin darse cuenta, y hasta conscientemente quizá, los pretenderá resolver a priori aplicando las estrechas leyes de su ciencia a la vasta y compleja realidad social.

Urge pues, que al lado de una instrucción profesional, la Universidad proporcione una educación integral, un concepto y una imágen del Cosmos. Que sea más generosa con la cultura, que contribuya a que sus alumnos adquieran una límpida visión del Mundo y del Hombre. Junto al aprendizaje profesional, debe incitar al trabajo espiritual a fin de que los estudiantes se formen una mentalidad amplia y conozcan que la vida tiene sentido íntimo, que es distinto del afán económico de cada uno y que, por sobre su propio bienestar individual deben colocar el imperioso cumplimiento de su deber social.

Precisa liberar al especialista de aquel círculo de preocupaciones dentro del cual realiza su diaria vida mental y que le impide ampliar su horizonte. La Universidad debe, pues, proporcionar una cultura general y humana; de esta suerte cumplirá su función con mayor honestidad y conseguirá que los hombres vivan su vida, no sólo en intensidad, sino sobre todo en plenitud. Vale decir, no sólo en esteril egoísmo, sino en generosa fecundidad.

Pero no se detiene aquí la función social de la Universidad; comprende también otra esfera que es la política. Mezclar a la Universidad en la enconada y frecuentemente mezquina lucha política es bastardear sus elevados fines de cultura.

Precisamente, por interés del país y por interés de la cultura, ella debe desenvolver sus actividades pedagógicas y científicas.

ficas completamente al margen de la política diaria y menuda. Esta afirmación es en cuanto se refiere a la agitación partidista cuyos odios no se deben incubar en el hogar del saber.

Sin embargo, y téngase bien entendido, para cumplir su misión **eminente social**, la Universidad está obligada a intervenir en la Política ideológica, en lo que podríamos llamar la Política Técnica. Ya que las presentes condiciones de vida determinan el que los dirigentes del país salgan casi siempre de entre los egresados de la Universidad a ella corresponde capacitar a sus alumnos para una acción cívica que sea benéfica a la colectividad.

Dentro de la actual concepción del Estado es inadmisibles que la más calificada institución educadora se sustraiga a la realidad nacional con criminal indolencia. La Universidad ni puede ni debe ser desleal con la hora que vive la Humanidad: lejos de ello, debe auscultar y orientar los más férvidos deseos de justicia social y de reivindicaciones de las clases trabajadoras. Y esta tarea debe cumplirla a pesar de todas las incomprensiones y de todas las exigencias. Así creará las élites del dinero, y hará realidad el principio de que la inteligencia no es una propiedad de la cual puede aprovecharse sólo para sí el individuo, sino un verdadero patrimonio de la sociedad.

Tampoco es posible que la Universidad abandone la opinión pública a la sola dirección de los periodistas que son quienes la monopolizan actualmente. Es deber suyo elevar su voz ponderada y serena cada vez que un grave problema preocupa a la nacionalidad. Toda discusión importante para la vida del país, sea sobre un punto constitucional económico o social que se produzca en el ambiente político debe ser <sup>res</sup> ~~ced~~egida inmediatamente por la Universidad; ésta debatirá el punto sin descender a la política subalterna, los estudiará científicamente y luego emitirá su dictamen, seguramente el más autorizado que pueda darse. De esta manera la Universidad, a la vez que estimula y orienta la inquietud social de sus alumnos, contribuye eficazmente a dirigir y encauzar la opinión pública abandonada hoy a merced de todas las tendencias y todos los impulsos.

Para el desarrollo de su función social no le bastan a la Universidad sus cátedras y bibliotecas; es preciso que difunda sus enseñanzas y sus principios morales entre los elementos ajenos a ella. Esta proyección de la Universidad sobre la vida social, constituye la "extensión universitaria".

La extensión universitaria obedece, primariamente, a un noble propósito de democratización de la enseñanza. La Universidad no encierra el saber dentro de sus muros, no guarda para sí, avaramente la cultura que han acumulado profesores y alumnos. Consciente de su misión social, la Universidad tiende a irradiar su saber al exterior, a llevarlo hacia aquellos seres a quienes la vida les ha negado la suprema satisfacción de conocer.

La extensión universitaria se confunde en casi todos los países europeos, con las Universidades Populares. En los Estados Unidos su radio de acción alcanza a los cuarteles, a los campos, a las colonias y a las cárceles; utiliza la cátedra, la conferencia, la radiotransmisión y la enseñanza por correspondencia. En el Brasil están los "equipos sociales" que van hacia el pueblo para instruirlo y moralizarlo.

En el Perú debe hacerse, urgentemente, una diferenciación técnica entre las dos formas sustanciales de la extensión Universitaria: la Extensión Cultural, propiamente dicha, y las Universidades Populares. La primera debe desarrollarse preferentemente, entre el público de cultura media y superior, por medio de conferencias, cursillos, publicaciones, ilustraciones y radiotransmisión, en tanto que las Universidades Populares deben ser destinadas al elemento social de menor instrucción.

Las clases de las Universidades Populares deben estar a cargo de los estudiantes mejor preparados, para cuyos estudios significará un eficaz aliciente el ejercicio de tan noble apostolado social. De esta manera, además, el estudiante va afinando su vocación de maestro y forjándose un conocimiento que lo capacitará para una cátedra futura.

Por medio de las Universidades Populares no sólo se aumenta el índice de la cultura popular sino que también se contribuye a que la juventud universitaria conozca las necesidades del pueblo y comparta sus amarguras. Además, sacar al pueblo de su actual estado de ignorancia, propicio al resentimiento y al

odio, y orientar sanamente su anhelo de justicia social, es realizar labor de alto sentido cristiano.

Las Universidades Populares deben ser centros de enseñanza desinteresada en los cuales se proporcione una instrucción imparcial y veraz, desprovista por igual de convencionalismos y de odios. La única norma de sus profesores ha de ser, por encima de todo mezquino interés político, la de enseñar por amor al saber y a la justicia.

Convertir las Universidades Populares en simples centros de instrucción, olvidando o posponiendo la instrucción cívica o moral, es traicionar también el primer postulado de la pedagogía, precisamente aquel que es sustancial: el de formar la conciencia del individuo.

Guardadas estas salvedades, la Universidad Popular a la vez que sustituye y ayuda al Estado, cumple una necesaria misión social cual es la de llevar la cultura a quienes intuyen con emocionada admiración lo que para el Espíritu vale el cultivo científico o literario.

Bosquejada la función social de la Universidad, resta ahora enjuiciar su cumplimiento a través del acontecer histórico.

Como afirma Ernest Krieck, el célebre iniciador de la pedagogía fenomenológica, los hombres de una colectividad deben nutrirse con el mismo alimento espiritual a fin de que posean una base vital homogénea un terreno sobre el cual puedan surgir la comprensión y la conciencia comunes, una esfera psicológica dentro de la cual sean posibles un sentir y un querer unitivos.

Así lo entendieron todos los pueblos: los griegos basaron la educación de las generaciones jóvenes en Homero, el bardo ilustre de su heroico pasado; los romanos, en la ley de las Doce Tablas y en las legendarias acciones de sus gloriosos ancestros; los judíos, en el Tora; los hindús, en el Mahabarata, epopeya que convirtieron en una enciclopedia cultural; los budistas, en la doctrina de su impasible Sakia, y los chinos, en el sistema confucista ortodoxo,

Pero durante la antigüedad pagana el saber fue patrimonio exclusivo de un grupo mínimo; hubo un instante histórico en que pareció que el pensamiento se acercaba al pueblo, y fue cuando Sócrates proclamó su doctrina moral. Desgraciadamente, el

diálogo de Sócrates con el pueblo ateniense fue cortado por la muerte del sabio, condenado por sus propios conciudadanos. A partir de entonces se trazó una valla insalvable entre el pueblo que no había tenido la nobleza de ser agradecido, y los discípulos del filósofo. Por eso, en oposición a la ciudad incomprensiva, los socráticos crearon un nuevo reino espiritual. Y así a Sócrates, el hombre de la calle, del gimnasio y del ágora, sucedió Platón, el filósofo de la Academia, el hombre del cenáculo escogido, el pensador de las inteligencias selectas.

Desde entonces se agravó más el carácter reservado de la cultura y los filósofos hicieron de su pensar un conocimiento esotérico al que sólo tenían acceso unos cuantos iniciados.

Junto con un nuevo orden de vida y una superior concepción del Mundo, el Cristianismo proclamó la democratización de la enseñanza. Jesús habló para los pobres y para los desheredados; su doctrina colocó en primer plano los problemas del alma y frente a la educación individualista de los griegos y romanos, elevó los postulados de una educación social para la que el amor al prójimo consecuente al amor a Dios, era la ley suprema.

La misión doctrinaria impuesta, por Cristo a los apóstoles: "Id e instruíd a todas las gentes", fue noblemente cumplida por la Iglesia. Esta no sólo salvó la antigüedad clásica, sino que también creó las escuelas parroquiales, episcopales y claustrales en donde se instruía a los hijos de los humildes.

Pero la obra de la Iglesia no se circunscribió a la esfera escolar; fue más allá pues dió origen a una nueva institución de cultura: la Universidad, es decir el gremio y la comunidad espiritual de maestros y estudiantes. Al generoso e incesante esfuerzo de la Iglesia se deben las más antiguas Universidades del mundo, tales como las de Boloña, París, Oxford, Cambridge, Tolosa, Montpellier, Grenoble, Aix, Besancon, Burdeos, Lila, Heidelberg, Wusburgo, Rostok, Leipzig, Baden, Mónaco, Roma, Pisa, Florencia, Pavía, Ferrara, Siena, Lima, Córdoba, Santiago de Chile y Buenos Aires.

Observando el proceso de la cultura durante el Medioevo y la Edad Moderna se constata, sin mayor esfuerzo, que en esta última la Universidad careció de valor social en tanto que en la Edad Media ejerció una función social de innegable trascenden-

cia. No sólo enriqueció la cultura humana al difundir desde sus cátedras los conocimientos conservados por los monjes y meditados por los más claros talentos de la Cristiandad, sino que, también, gracias a la decidida protección de los Pontífices, fue baluarte de libertad y ejemplo de cogobierno estudiantil.

Ningún espíritu moderno puede negar hoy día que ya trasmontó definitivamente la hora aquella en que el entusiasmo por las ciencias físicas, biológicas y matemáticas condujo a una soberbia separación entre la ciencia y la fe. La Teología, matizada de jansenismo, y la filosofía, saturada de un positivismo escéptico, han sido abandonadas por el pensamiento contemporáneo, que rechaza igualmente los dos aspectos del atormentado racionalismo moderno: la tesis Kantiana y el idealismo hegeliano.

Las nuevas corrientes del pensamiento repudian aquella falsa cultura anticatólica, que era odio y resentimiento armado de ciencia y de filosofía, y que trabajaba por forjar una humanidad positivista que viviera bajo un cielo desolado y sin Dios. No hace mucho que el filósofo Max Scheller, a quien la crítica europea calificara unánimemente como el último pensador universal, afirmaba que existe una clara jerarquía objetiva entre el saber técnico, el saber culto y el saber de salvación, o saber religioso al cual colocaba como preciada culminación del proceso de formación humana.

Avizorando la cultura del porvenir: Tristán de Athayde acaba de escribir lo siguiente: "Piensa mucha gente que la Iglesia vive preocupada únicamente con la Edad Media. Error craso, ya que la gran preocupación católica de nuestros días es la Edad Nueva".

Gregorio Marañón, que se ufana de creer cada día con mayor firmeza en la fuerza gigantesca del Espíritu, considera que la ciencia y la Religión no tienen campos opuestos sino paralelos. Aún no hacen tres meses que Keiserling ha calificado a la filosofía materialista entre los sistemas contranatura y ha hecho un hermoso llamado a los pensadores y escritores para que orienten a la Humanidad hacia un mayor respeto por el Espíritu y hacia una cultura que esté enlazada con los valores del pasado.

Ernst Curtius el maestro de Bonn, el fino autor del "Espíritu alemán en peligro", afirma con justo énfasis que no hay un

momento en el mundo en que el Espíritu pierda su derecho, aunque pierda su poder.

Dostoiéwski, Tolstoi, Léontieff y Fedoroff, al igual que Gogol y Solovieff, sintieron la tragedia de la historia y desearon una transformación religiosa. Nicolás Berdaieff, después de estudiar las cuatro tendencias del espíritu humano: la de la barbarie, la de la cultura, la de la civilización y la de la transformación religiosa, concluye afirmando que la transformación religiosa se va a realizar no sólo en el alma individual sino también en el alma colectiva y que ello marcará el fin de la época moderna y el principio de una nueva era.

Siempre a la vanguardia del pensamiento, proclamamos la necesidad de encontrar los tres elementos de toda ciencia humana: "Nosse, Velle, Posse quorum principium unum mens, cuius oculus ratio, cuius aeterni veri lumen praebet Deus".

Frente a la fácil filosofía de los derechos, creada por un siglo que, por pretender ser liberal, no enunció ningún deber y no supo contemplar los derechos de los oprimidos, se debe erigir hoy día una nueva filosofía más actual y más altruista: la filosofía de los deberes. Los católicos proclamamos que para ser leales con nuestra hora, la Universidad debe fomentar y orientar la emoción social de sus discípulos y procurar celosamente su mejor capacitación para la vida ciudadana.

La Universidad Católica del Perú no es únicamente una institución; es, por encima de todo, una idea, idea de fe y de acción. Heredera y continuadora de la tradición cristiana, aspira a realizar su deber social y popular y exige de sus profesores y alumnos un esfuerzo orgánico y uniforme que asegure tan generoso propósito.

Al amparo de la libertad de enseñanza, principio medular de toda legislación honesta, y necesidad vital para todos los pueblos que anhelan una cultura auténtica y no un mero conocimiento sectario y mutilado, la Universidad Católica seguirá cumpliendo, con ánimo fuerte e indeclinable entereza el rol social que le corresponde dentro de la vida nacional.

Respetuosa para con otros centros de saber, y amiga sincera del más antiguo claustro universitario del Perú, la Universidad Católica permanecerá enteramente ajena a toda innoble com-

petencia, dedicada por completo al servicio superior de la mente y del espíritu. Colocada al márgen de toda agitación partidarista extraña a toda actividad política, sólo conocerá la fecunda inquietud del saber, sólo se dedicará a la sagrada misión de enseñar. Por la intensidad de su esfuerzo generoso y por la excelencia de las ideas que difunde, la Universidad Católica contribuirá a establecer el gran diálogo entre el pensamiento y el pueblo y a crear un Perú en el que imperen sólo la luz y sólo la verdad.

Terminado el discurso, que fué interrumpido por largas ovaciones, Monseñor Farfán declaró abierto el año universitario y manifestó su complacencia por las ideas del Señor Ferrero y también por presidir la actuación.

Auguró un próspero porvenir a la Universidad Católica, dada la trascendencia de la obra cultural que realiza e hizo ver la necesidad de un local más extenso, pues ya resulta escaso el que tiene para su cómodo funcionamiento.

Luego el Padre Rector agradeció la honrosa presencia y sinceros votos del Excmo. Señor Arzobispo y exhortó a los alumnos a emprender los estudios con el espíritu cristiano para volcarlos en el ambiente social y trasformarse en apóstoles seculares con el celo católico de nuestra religión.

Invitó después a la bendición del nuevo local de la biblioteca "Carlos M. Elías" que ha sido construida merced a la generosidad de los esposos, Sr. Salvador Gutiérrez y Sra. Adriana Gálvez de Gutiérrez, quienes actuaron de padrinos en la ceremonia.

El local de la biblioteca consta de dos grandes salones, uno para los lectores y el otro que se halla ocupado por varios miles de volúmenes, que constituyen nuestra biblioteca.

A las 11 a. m. se retiró el Excmo. Señor Arzobispo, con lo que terminaron las ceremonias de apertura del año universitario.

## NUEVOS CATEDRATICOS

**Facultad de Letras.**—Por licencia concedida al Dr. Carlos Rodríguez Pastor, se ha encargado de las cátedras de Filosofía el Profesor Auxiliar, Sr. Mario Alzamora Valdez.

Han sido designados profesores auxiliares de Revisión de Castellano, Literatura Castellana, Historia del Perú, y Geografía Física y Social del Perú, los señores Alfonso Espinoza Palacios, Alfredo Petrozzi, Pedro Benvenuto Murrieta y Arturo Jiménez Borja, respectivamente.

**Facultad de Jurisprudencia.**—Ha sido nombrado Catedrático interino de Filosofía del Derecho, cargo que estaba vacante, el doctor Jorge Arce Mas.

Mientras dure el impedimento del Dr. Solón Polo, actualmente Ministro de Relaciones Exteriores, se ha designado catedrático interino de Historia del Derecho Peruano, al doctor Jorge Young Bazo.

Se ha designado catedrático de Criminología y de Sociología Cristiana, al doctor Francisco Quiroz Vega y al señor Juan N. Cargin Allison.

**Facultad de Ciencias Políticas y Económicas.**—Ha sido designado catedrático de Derecho Administrativo el doctor Toribio Alayza y Paz Soldán, quien dictará, además, mientras dure la ausencia del Dr. Víctor Andrés Belaunde, el curso de Derecho Constitucional del Perú.

Se ha encargado interinamente por este año de la cátedra de Economía Política, el doctor José Valencia Cárdenas.

**Facultad de Ingeniería.**—El curso de religión, a partir de este año, será dictado por el R. P. Juan Albacete, S. J. Han sido designados profesores de la Facultad el Ing. Gerardo Alarco Larrabure y el doctor Enrique García y Sayán, quienes dictarán los cursos de Cálculo Infinitesimal (1er. año) y Economía Política, respectivamente.

---